

DIALOGO

FILOSOFICO

N.º 91

Enero/Abril 2015



REVISTA DE

FILOSOFIA

DE SALAMANCA

VOLUMEN 51

NÚMERO 1

ENERO-ABRIL 2015

PÁGINAS 1-100

ISSN 0014-1801

ISSN 1136-1808

ISSN 1136-1808

ISSN 1136-1808

ISSN 1136-1808

se plantea. En este sentido, el autor destaca la importancia de tres textos principales de Joseph Ratzinger: *Dialéctica de la secularización* (donde dialoga con el filósofo Jürgen Habermas), el discurso en Ratisbona, ya como Benedicto XVI, en septiembre de 2006, y el discurso ante el Parlamento alemán en septiembre de 2011, donde trató el tema de los derechos humanos y el derecho natural; además de *Caritas in veritate*, donde hay una llamada permanente a presentar la cuestión antropológica como cuestión moral, por encima de lo social, que es, en el fondo, lo que viene a proponer Agustín Domingo Moratalla en este libro. La reflexión personalista y comunitaria es la que da la luz de fondo a esta obra, y, junto a ella, un horizonte normativo presidido por una auténtica «transformación hermenéutica del pensamiento» –con expresión del profesor Jesús Conill (p.83)–, que es precisamente el cambio radical que le hace falta a la ética política, desde la visión más amplia de una metafísica renovada que mantenga la tensión entre naturaleza y persona, pues la persona no puede ser reducida a naturaleza. Y todo esto, a ejemplo de lo que tanto en la política como en el pensamiento llevaron a cabo Mounier o Maritain, y muy en la línea de los principales textos de la Doctrina Social de la Iglesia. No es de extrañar, así, que este libro esté dedicado a Carlos Díaz, como consta en la página 31, aunque tal dedicatoria no figure en el espacio reservado habitualmente para ello.

En *Democracia y caridad* hallará el lector un libro profundo y urgente, que insta en todas sus páginas a la humanización de las relaciones humanas partiendo, en definitiva, del cultivo de los hábitos del corazón.

Carmen Herrando

MOSTERÍN, Jesús: *Ciencia, filosofía y racionalidad*. Gedisa, Barcelona, 2013. 358 pp.

Jesús Mosterín (Bilbao, 1941) es sobradamente conocido por quienes cultivan esta «ontología regional» de la filosofía de la ciencia, ya que se trata de uno de los filósofos españoles con mayor prestigio internacional. Entre sus obras podríamos destacar: *Conceptos y teorías en la ciencia* (2000), *La naturaleza humana* (2006), *Los lógicos* (2007), el *Diccionario de Lógica y Filosofía de la Ciencia* (2010), escrito con Roberto Torretti, *El reino de los animales* (2013) y la gran obra *Historia del Pensamiento* (2006-2012).

La obra lleva por título *Ciencia, filosofía y racionalidad* y propugna una filosofía «a la altura de nuestro tiempo», una «filosofía rigurosa, ambiciosa y plenamente integrada en la actividad intelectual de la época que nos ha tocado vivir, es decir, una filosofía que asimile y someta a crítica

epistemológica y análisis conceptual los resultados de la investigación científica» (p. 9). La apuesta de Mosterín se orienta a sostener la existencia autónoma de estos dos ámbitos epistemológicos diferentes (filosofía y ciencia), cosa que no siempre consigue, ya que algunas veces nos topamos con un crecido monismo epistemológico. Con todo, se agradece su esfuerzo sobre estas «dos formas vecinas de conocimiento», como señala Jorge Wagensberg en la reseña de la obra de Mosterín (*El País*, 14 de diciembre de 2014), que son «resbaladizas» y por ello agradece a Mosterín «su vocación para cabalgar esta frontera a horcajadas con una pierna a cada lado. La filosofía tira de la ciencia con preguntas y con reflexiones críticas sobre sus métodos e interpretaciones. La filosofía pregunta con sus porqués y la ciencia responde con sus cómo».

En el capítulo primero reflexiona el autor sobre las ciencias y las humanidades, previniendo de ciertos humanismos estrechos que se oponen a la ciencia y afirmando algo que me parece cierto y que, por más que estemos convencidos, no aparece con suficiente fuerza en la historia de las ideas: «que ciencia y filosofía forman un continuo» (p. 22), e insistiendo, además, en que «no hay ninguna oposición ni separación tajante entre ciencia y filosofía» (p. 24).

El segundo capítulo es básicamente una pequeña historia de la filosofía analítica. Reconoce Mosterín que esta filosofía, que señala en síntesis «que los problemas filosóficos son problemas lingüísticos, es decir, problemas debidos a nuestra ignorancia de las complejidades del lenguaje en que los planteamos o a los defectos de dicho lenguaje» (p. 33), tiene un glorioso pasado y que vivió muy vinculada a la ciencia, especialmente en su versión neopositivista (cf. p. 35), pero que poco a poco se ha ido transformando en un ámbito sin tesis y en un estilo o normas de urbanidad intelectual (cf. p. 34) por lo que ha degenerado en una especie de «escolástica» (p. 36).

En los capítulos tercero y cuarto aborda la cuestión de la naturaleza humana. El autor parte de que existe dicha naturaleza humana plasmada en el genoma. En este sentido el «humán» (término que utiliza para designar al ser humano –hombre o mujer–) no es una excepción, sino un ser que está sometido a las mismas leyes físicas que el resto del Universo. Nuestro genoma refleja nuestra filogenia (cf. p. 46) y los estratos de nuestra naturaleza se corresponden con los hitos de dicha evolución. En el cuarto va a estudiar estos factores culturales y convenciones que también contribuyen a dar plasticidad al «humán», en colaboración e interdependencia con los factores biológicos.

En los capítulos quinto y sexto nos clarifica el significado, para él, de la racionalidad, que define como «estrategia de optimización en la consecución de nuestros objetivos» (p. 80) y nos ofrece diversas teorías sobre la racionalidad, señalando sus rasgos básicos: la consistencia, la objetivi-

dad, provisionalidad, su carácter progresivo y la pluralidad y universalidad. En el capítulo seis establece una demarcación entre los rasgos culturales denominados por él «imponderables», que reflejan convenciones sociales y usos grupales, y los «ponderables», meros instrumentos para realizar una función bien definida, donde entraría la ciencia.

El capítulo séptimo está dedicado a los límites del conocimiento. Según el autor de *Ciencia, filosofía y racionalidad*, hay cosas que no podemos hacer por falta de fuerzas (económicas, de inteligencia o tecnológicas), pero hay límites que son imposibles, irrebasables, los cuales, aunque nuestras fuerzas fueran mayores, no se podrían sobrepasar. En este sentido, las leyes de la termodinámica establecen la imposibilidad de ciertas eficiencias deseables (cf. p. 114), la teoría de la relatividad pone límite a la velocidad (cf. p. 115), hay límites a la posibilidad de la medición (W. Heisenberg, cf. p. 117), imposibilidad de una teoría aritmética perfecta (Teorema de Gödel, cf. p. 118), límites al perfeccionamiento de la democracia (Teorema de Arrow, cf. p. 121). Esto no significa que la ciencia esté encarando su final, sino más bien, como han llegado a pensar algunos, que la ciencia está en mantillas (John Maddox) o en su prehistoria (Ilya Prigogine).

El capítulo octavo nos habla de un instrumento importante para la ciencia actual, la modelización. Si la ciencia antigua buscaba una comprensión cualitativa y directa de los fenómenos, la ciencia actual, ante la realidad de los límites y lo inabarcable de ciertos aspectos, ha aprendido a abordar la realidad mediante la construcción de modelos teóricos (matemáticos).

El siguiente capítulo es muy breve y su finalidad no es otra que la de introducir el problema de la demarcación. Desde los orígenes de la filosofía se ha intentado separar la *episteme* (conocimiento) de la *doxa* (opinión). La ciencia actual (desde el siglo XX hasta el momento presente) sigue planteándose esta cuestión, es decir, la búsqueda de un criterio que sirva para separar la ciencia fiable de la mera especulación.

El capítulo décimo está dedicado al tema de la consistencia en la ciencia empírica. Una ciencia consistente es aquella que se construye con enunciados consistentes, es decir con proposiciones que no implican contradicción alguna.

Para todo filósofo de la ciencia de corte empirista, un capítulo necesario es el que nos habla de «observación y detección» (capítulo 11). Por un lado, observar es un verbo que tiene dos acepciones en las lenguas occidentales: 1) cumplir, atender, observar una costumbre o prohibición; y 2) mirar, prestar atención, observar con detenimiento. Por otro, la «detección». Detectar significa etimológicamente quitar el tejado que cubre algo, descubrirlo. En este sentido, «en cada tipo de observación, ciertas señales (generalmente en forma de radiación) son detectadas o recibidas por el receptor o detector» (p. 157).

Posteriormente, el autor se detiene en el mundo de la nanotecnología (capítulo 12) y su confluencia con la biología molecular y la ingeniería genética, de la que se esperan numerosas aplicaciones para un futuro cercano, no sin ciertos miedos, problemas y dilemas éticos para los que carecemos de intuiciones morales.

En el capítulo trece aborda el «principio antrópico» con mucho detenimiento. Sin duda merece la pena leer y captar cuanto en él nos describe. Efectivamente, le atribuye poco fundamento, pues lo define como «presunto principio que trata de explicar las propiedades y parámetros de la física y la cosmología en función de la existencia humana» (p. 185). Para algunos autores, en su versión débil «el principio antrópico es una tautología estéril, que no nos permite explicar nada ni predecir cosa alguna que no conociéramos ya de antemano. En su versión fuerte, el principio antrópico es una especulación gratuita, sostenida por la previa fe religiosa» (p. 218).

El decimocuarto capítulo es una cuestión sencilla de filosofía de la ciencia. Con frecuencia nos planteamos el hecho de que la comunidad científica es un colectivo variopinto, diversificado, donde no solo caben profesionales (dedica mucho tiempo en su disertación a los premios Nobel) sino también lo que él llama «científicos aficionados», que a lo largo de la historia también han aportado contribuciones notables: «también ellos forman parte esencial de la empresa científica» (p. 226).

Los siguientes capítulos podemos considerarlos más de historia de la ciencia y sin lugar a dudas evidencian el carácter de amalgama, sincrético, de este trabajo. Nos presenta la vida y aportaciones de diversos científicos y filósofos de la ciencia: Albert Einstein, Karl Popper, incluida una entrevista con él, Thomas S. Kuhn y Nicholas Rescher.

El capítulo veinte está constituido por cuatro entrevistas a Jesús Mosterín que nos ofrecen una visión actual de su pensamiento. La obra cuenta además con una bibliografía actualizada sobre cada uno de los capítulos, el índice de nombres y el de contenidos.

Para concluir, no me resisto a señalar algún elemento crítico que, por conocido del autor, no debemos dejar pasar. La obra, en cuanto síntesis de aspectos diversos de la filosofía de la ciencia, a veces incurre en los defectos de toda síntesis simplificadora, como cuando dice que «la religión ha pretendido orientarnos acerca de cómo es la realidad en su conjunto y acerca de cómo vivir lo mejor posible, pero en la mayor parte de los casos sus orientaciones han sido formas de autoengaño» (p. 31). O también, cuando señala: «dos filosofías ideológicas con fuerte apoyo institucional (el tomismo, sostenido por la iglesia católica, y el marxismo, promovido por la Unión Soviética y los partidos comunistas) generaron un enorme volumen de publicaciones durante el siglo XX. Ambas alcanzaron también gran difusión en España y América Latina. Sin embargo, actualmente ambas están ya muertas y enterradas» (p. 32).

Esta obra se presenta como un trabajo de síntesis, de amalgama. El mismo autor, en el Prólogo señala que «algunos de los ensayos incluidos en este libro son versiones actualizadas y revisadas de artículos previamente publicados en español (como 2, 5 y 7) o en inglés (como 10, 13 y 19)» (p. 10). No obstante, reconocemos su valor y sus aportaciones. En conjunto es una buena obra de filosofía de la ciencia que nos ayuda a clarificar múltiples aspectos de esta cambiante disciplina. Escrita con un lenguaje directo, claro y en ocasiones hasta «chispeante», como cuando nos describe la «deserción» de la filosofía analítica con estas palabras: «Aunque ascender al Everest requiere buenas botas, la obsesión por las botas no debe hacernos olvidar la ascensión a la cumbre. Como un equipo de fútbol magnífico en su entrenamiento y preparación gimnástica, pero que no acude a jugar el partido; como un ejército ducho en táctica y bien ejercitado en puntería, pero que nunca llega a entrar en combate; así también los sutiles y competentes filósofos analíticos actuales con frecuencia desertan de su tarea principal» (p. 37). Aunque no aportan novedades significativas, estos trabajos de Jesús Mosterín ofrecen elementos suficientes para la reflexión y el análisis, por lo que recomiendo su lectura.

José Luis Guzón Nestar

SEGURA ROMANO, Jorge Ladis: *Despierta. Una visión indie de la economía: sobre el sistema, su disciplina y nuestra libertad*. Autoedición, Charleston, 2013. 262 pp.

¿Se puede tener hoy día una opinión libre e independiente, y en definitiva «indie», de las realidades económicas, a pesar de estar sujetas a un pensamiento único que pretende justificarse en nombre de una racionalidad científica de obligado seguimiento? ¿Resulta factible hoy día «despertar» y sobreponerse al influjo de las políticas económicas difundidas por los medios de comunicación de masas hegemónicos, sin necesidad de tener que esperar a que sean las sucesivas «crisis» las que nos permitan descubrir el auténtico rostro de las realidades económicas más cotidianas? ¿Se pueden sustraer los diversos agentes económicos, desde el ama de casa hasta el gerente de una empresa multinacional, o el gobernante político, al creciente poder simbólico de «autorrepresentación» y de «autorrealización» que les asigna de un modo halagador el propio sistema económico, cuando advierten que están siendo utilizados de un modo instrumental para fines muy mezquinos que en el fondo tampoco comparten?